

## DOMINGO DE RESURRECCIÓN.

Hemos llegado al fin de esta cuaresma, y antes de abandonar, acaso para siempre, el encarrujado sobrepelliz, la sotana de raso y el solideo de seda negra, quiero daros las gracias por la paciencia con que os habéis dignado escucharme, ejercitando así, en este tiempo santo, una de las virtudes que más recomienda el apóstol, que más recomiendo yo á las casadas que me oyen, y que más necesito en esta vida, no obstante que la tengo, y sublimada, en mi nombre, ó mal nombre periodístico. Tanta es la excelencia de esta virtud, que ni aquel justo Job, patrono mío, llegó á poseerla en toda su plenitud, puesto que renegó de la vida y maldijo el instante en que nació.

Como habéis observado, en estas breves pláticas me he dirigido más particularmente á vosotras, ya usando para ello el tratamiento de *Usted*, ó ya el de *Vos*, según estaba de humor, pero excluyendo siempre el llano *tú*, que es el que emplean generalmente, para hablar entre sí, las gentes que no se quieren. Y para hablar singularmente con las señoras y las señoritas he tenido varios motivos, entre otros, el de que muy más agradable es conversar con las mujeres que con los varones. Los hombres, además, asisten á los templos con menos frecuencia que vosotras; si asisten, es de noche; y yo por las noches no predico: voy al teatro.

Repito, pues, que doy cumplidas gracias, particularmente á mi auditorio femenino, y os suplico que seais indulgentes y me perdonéis las palabras severas, las cariñosas reprensiones que hayan salido de mis labios. Como confesor, soy mucho más benévolo, y si alguna de las hermosas señoritas que me dispensan en este instante su atención quiere decirme sus pecados, tras la calada rejilla del confesonario, yo la prometo que al bajar del púlpito, á la hora del cre-

púsculo, tan propicia para ocultar el natural rubor de las aflijidas penitentes, prestaré atento oído á cuanto diga, y le daré cuantos consuelos pueda, absolviéndola, al fin, de todos sus pecados, como la Iglesia manda, menos de aquellos cuya remisión está reservada á Roma.

Mas si el deber del confesor es absolver, el deber del predicador es fulminar, en caso dado, rayos de ira santa, para que brote en las almas el arrepentimiento; y por eso, solo por eso, he sido, á ratos, duro con vosotras.

Observaríais también que uno de los principales fines de mis conferencias, ha sido el de llevaros al cielo por la vía angosta del matrimonio, que no es la más directa, pero sí la más frecuentada, la más apetecida por las mujeres, para ponerse en camino de la bienaventuranza. Yo no os digo, como el terrible Kempis: — sed felices en el cielo. — Yo quiero que ganéis la gloria, un marido en la tierra, y que seáis tan dichosas como es posible serlo en este valle de lágrimas, haciendo partícipes de vuestra dicha á los demás. Para lograr tan santo fin os aplicaré, pues, en esta plática, la extremaunción de mis consejos.

Conmemora hoy la Iglesia el milagro de la Resurrección. Los enemigos del Salvador le creían muerto; juzgábase vencedores de aquel á quien algunos llamaban Dios; y, para vergüenza de esos falsos sabios, para castigo de esos ingratos, acaeció que alzando sin esfuerzo la dura losa del sepulcro, Jesús, inmortal y triunfante, subió al cielo.

Os parecerá extravagante, señoras mías, que el misterio de la Resurrección pueda servir de tema á uno de estos discursos cuyo fin principal, como ya he dicho, es el de encaminaros para que seáis felices en el matrimonio. Veréis, empero, como tal sospecha peca de ligereza, porque entre los enemigos de las casadas—y ellos son más que los del alma—figura la «resurrección» en primer término. Y entiéndase que no hablo con las viudas, porque de algunas de éstas sería enemigo mucho peor. Voy á explicarme.

No aspiréis, señoritas, á casaros con un hombre que no haya amado ó no haya sido amado nunca. La gramática que yo aprendí enseña que la palabra *Virgen* es común de dos; por modo que se dice, según reza la gramática misma, «el virgen Juan». Pero ni la gramática, ni nadie, ha dicho nunca «el virgen Pedro, el virgen Jorge ó el virgen Anastasio.» De modo que San Juan tiene la culpa de que dicho vocablo sea común de dos, y, muerto él, ya queda el *virgen* exclusivamente relegado al género femenino.



Tened, por ende, en consideración, que váis á uniros con un hombre que ha tenido tantas nóvias cuantas sus años le hayan permitido. . . . y en el género «novia» clasifico á muchas que nada más lo fueron en el deseo ó en la imaginación del amador, y á otras, también. . . . que se pasaron á mayores. No os disgustéis, sino alegráos, de estos antecedentes: no se expide un título profesional al que antes no ha cursado sus estudios preparatorios.

La mujer, generalmente, se encela de la actriz á quien el marido visita, de la amiga á quien frecuenta, de aquellas á las que, en suma, cree rivales. Los celos—y esta advertencia va de paso,—son unos malos cazadores que siempre casi yerran el tiro. La mujer que debe inspirar temor á la esposa — á menos que lo sea de un vicioso, de un desvergonzado ó de un imbécil, — no es la que conoce, no es la que mira: es la desconocida ó es la muerta.

Pero las muertas — me diréis — ¿qué daño pueden hacernos? — Ante todo, hermosas oyentes, os diré que no todos los que se mueren están muertos, porque hay algunos que lo fingen; ni todos los que están muertos siguen siendo, puesto que hoy celebramos la fiesta de la resurrección. Hay muertos cesantes. . . . ¡la cesantía lleva hasta el otro mundo sus estragos!

Mas, yo os declaro, que sin vida ó con ella, la mujer solo muere cuando deja de vivir en el recuerdo.

Suponed que vuestro marido adquirió una fosa á perpetuidad para cada uno de sus antiguos amores. Parece que en los camposantos todo está inseguro: rejas, macetas, candeleros, y hasta lápidas, menos los huesos de los cadáveres, no codiciados por ninguno. Pues bien, señoritas, para vosotras, por desgracia no es así; para vosotras hasta los cadáveres se escapan y huyen de sus fosas. El hombre os dice: «aquí están todas mis muertas,» — y tenéis que arrojar—¡oh envidiables sepultureras de sentimientos! — una paletada de tierra diaria en esas fosas, para que las pobres muertas se estén quietas. Pero esto ¿os es tan fácil! ¿No regáis cada mañana vuestros tiestos de flores?

No es el esposo — sigo suponiéndolo bueno y enamorado de vosotras al casarse, — el que resucita á esas difuntas: primeramente porque, en lo general, no lo merecen; y luego porque el corazón del hombre es generoso: olvida á las que le han dicho que lo han olvidado.

Pero el peligro, señoritas, está en que vosotras sin sospecharlo, resucitáis á esas rivales más terribles, más invencibles que las otras, precisamente porque ya no existen y porque las circunda la aureola de la muerte. Cada error en que incurráis en vuestra vida íntima, hará pensar ó decir á vuestro esposo: *aquella* otra no hubiera hecho lo mismo! — Y tal vez sí se habría conducido igualmente ó peor; pero ¿cómo probarlo? El hombre se complace en revestir de cuali-

dades ideales todo aquello que no conoce y todo aquello que no posee. Tomamos el desquite de los vivos diciendo que los muertos eran mejores. Por manera, que de todos vuestros defectos, ¡oh señoras! se van formando las virtudes de las *otras*. Y de una querida en presente, de una rival en activo servicio, podéis decir, y las más veces casi siempre con justicia:—mira cómo es inferior, en todo, á mi; compárala: aquí estamos! — Pero á una que se fué, á una que ya no vive, á una que ni siquiera conocisteis y cuyo nombre no pronuncia jamás vuestro marido, ¿cómo podéis sujetarla á juicio? ¿cómo podéis acriminarla? Esa vence, como el Cid muerto, montada en ese bestia que se llama la imaginación.

Y lo malo es que la glorificación de esos amores muertos conduce insensiblemente á los amores vivos. Y entonces vuestra dicha ya no tendrá remedio, ya no tendrá indulto: ya estará entregada al brazo seglar.

Dicho se está que lo que acabo de apuntar es también aplicable á los hombres, y si no me dirijo á ellos, es por dos razones: la primera, porque no han venido á oirme; y la segunda, porque nosotros os creemos cuando decís que nunca habéis amado. De modo que los varones, en concepto vuestro y bajo la fe de vuestra palabra, tenemos menos difuntos ajenos que enterrar.

Cuando paséis, señoritas, por el día de Ramos, temed el Domingo de Resurrección! Bien sencillo ha de seros no temerlo, siendo afectuosas, siendo complacientes, siendo buenas. . . y no siendo otras muchas cosas; ó, lo que es igual, amando mucho, pero mucho. . . á uno! No resucitéis con un capricho á las que, más caprichosas tal vez que vosotras, duermen el sueño de la muerte en la memoria!

Ahora solo me falta daros mi bendición y mi mano. . . para que religiosamente la beséis. Sed felices, como yo lo soy; y que Dios os conceda un buen marido que á todas os deseó!